



Política
& Sociedad

La paz de Santos: sin persuasión y sin grandeza

FABIO LÓPEZ DE LA ROCHE, integrante del Centro de Pensamiento y Seguimiento al Diálogo de Paz
Universidad Nacional de Colombia

A las ambigüedades del presidente Santos en los temas agrario, educativo y de salud y al discurso mercadotécnico sobre lo social, que impide que la negociación de La Habana sea percibida como un nuevo pacto, se suma su incapacidad como comunicador para disipar temores frente a los acuerdos y para venderles a los colombianos un país posible.

DESDE UN DISCURSO REPETIDO SISTEMÁTICAMENTE DURANTE SUS OCHO AÑOS DE GOBIERNO, el expresidente Álvaro Uribe Vélez llevó a cabo un trabajo persuasivo sobre la sociedad que convirtió a la guerrilla de las Farc en el enemigo público número uno de los colombianos.

Por su parte, con su soberbia militarista, los voceros del grupo insurgente enajenaron cualquier apoyo significativo que la sociedad hubiera podido ofrecerles, debido a su discurso desafiante y errático, con argumentos ante los medios como que el secuestro era “un impuesto social” (un verdadero imposible moral para la inmensa mayoría de los colombianos).

Lo anterior le permitió al candidato Uribe, en las elecciones del 2002, llegar al poder y realizar una profunda reorientación (léase derechización) de los sentimientos políticos de los colombianos, a través de un nacionalismo ‘antifariano’.

Los grandes medios de comunicación, por afinidad ideológica o por interés económico, se plegaron al discurso oficial: “Estamos en el fin del fin de la guerrilla” y “el paramilitarismo se acabó”, y amplificaron la pedagogía del odio de Uribe no solo hacia las Farc sino hacia la izquierda legal y la oposición liberal.

A esto contribuyeron sus campañas de movilización ciudadana, orientadas principal-

mente a las víctimas del secuestro guerrillero, a construir una estructura inequitativa de visibilidad de las víctimas y de los victimarios del conflicto armado colombiano, así como a una desigual distribución de la culpa y de la responsabilidad por la violencia y la crisis humanitaria.

OTRAS VÍCTIMAS INVISIBLES

Los cinco millones de campesinos desplazados, los treinta mil desaparecidos, las víctimas de las masacres paramilitares, las de los “falsos positivos” o las del secuestro económico no ligado a fines políticos no merecieron ninguna convocatoria masiva desde los grandes medios. Incluso, a la marcha contra el paramilitarismo del 6 de marzo del 2008, convocada por sectores de la izquierda democrática, los medios dominantes la rebautizaron como “Marcha contra la violencia”.

Estos antecedentes del proceso de paz entre el gobierno de Juan Manuel Santos y las Farc sirven para llamar la atención sobre los poderosos obstáculos subjetivos y afectivos, relacionados con el



FOTO: Victor Manuel Huguín/Unimedios

LA SOCIEDAD COLOMBIANA QUIERE UNA PAZ DURADERA; NO OBSTANTE, el actual proceso de diálogo en La Habana parece no tener un respaldo amplio de los ciudadanos.

odio visceral hacia esa guerrilla de parte de amplios sectores de la sociedad, que de no ser procesados adecuadamente, a través del discurso de los voceros gubernamentales, de los propios negociadores de la guerrilla y de políticas comunicativas de reconciliación desde los medios electrónicos y el periodismo, pueden llevar fácilmente al fracaso de los diálogos de La Habana.

SIN DISCURSO UNIFICADO

El presidente Santos, paradójicamente, ha realizado un importante esfuerzo de diseño de una política de paz y de construcción de un equipo competente de negociación. Pero preso de sus propios prejuicios y de la herencia del modelo nacionalista ‘antifariano’ (que él mismo contribuyó a construir como ministro de Defensa de Uribe) falla rotundamente en la comunicación y en la pedagogía masiva de la paz.

Pragmático, calculador y mal pedagogo (Santos no es Antanas Mockus), construye su discurso en un contradictorio y problemático doble canal. De un lado, uno a favor de la paz, con poco entusiasmo y convicción, condicionado además por los vaivenes de la negociación. De otro lado, un canal que lo expresa el ministro de Defensa, Juan Carlos Pinzón, vociferando el trillado discurso sobre los narcoterroristas que no le confiere a las Farc ninguna motivación política y los asocia a meros delincuentes comunes.

Este segundo canal va en contravía del mensaje de la conveniencia de la paz que se construye desde la Presidencia y no ayuda a desarrollar una pedagogía política hacia los militares, que prepare su transición de una visión de los guerrilleros como enemigos a una nueva y futurista percepción de los mismos como contradictorios.

El discurso del ministro Pinzón está orientado a darle contentillo a la opinión uribista y, en general, a los sectores de la derecha civil y militar, sin propiciar ciertas transformaciones de actitud y de mentalidad frente al enemigo, indispensables para la reconciliación.

Que el retirado general Javier Rey Navas se pregunte: ¿Veremos mañana como alcaldes, gobernadores y senadores a quienes por décadas nos han enseñado a tratar como enemigos? (*El Espectador*, 16 de marzo 2014, p.21), constituye una inquietud comprensible y válida.

Es la misma que se hacen hoy muchos individuos y grupos sociales afectados por el secuestro en las capitales y en las regiones. A ellos hay que responder con argumentos y con un discurso persuasivo. No obstante y desde otra perspec-

tiva, resulta incomprensible la extrañeza que expresa el general Rey, pues desconoce la historia reciente del país.

Hace 25 años se desmovilizó la guerrilla del M-19 y varios de sus líderes se convirtieron en figuras nacionales en la Asamblea Nacional Constituyente de 1990-1991 (Antonio Navarro fue uno de sus tres copresidentes) y algunos de ellos como Everth Bustamante y Rosenberg Pabón, el famoso “Comandante uno” de la toma a la embajada de República Dominicana, militan hoy en el uribismo.

UNA DERECHA DELIRANTE

La falta de un debate público pluralista, la ausencia de programas periodísticos de calidad y profundidad en la televisión, la estigmatización o el desconocimiento del complejo panorama interno de la izquierda colombiana y el pesado fardo ideológico legado por el uribismo conducen a que hagan carrera dentro de la derecha ciertas visiones míticas que invocan supuestos riesgos y temores alrededor de la expansión en Colombia del “castrochavismo”, que operan también como resistencias subjetivas a las negociaciones de La Habana.

Frente a tales percepciones, hay que recordar que los procesos de reinserción de excombatientes a la vida civil son muy complejos en lo político y en lo humano, donde el liderazgo ya no depende del fusil y donde las reorientaciones de la cultura política guerrillera son tan complejas e imprevisibles que pueden conducir a realineamientos, como los casos de los dos ex guerrilleros del M-19 hoy uribistas.

Hay que reconocer, al mismo tiempo, que varios excombatientes del M-19, del EPL y de la Corriente de Renovación Socialista (CRS) juegan hoy un papel decoroso como políticos, defensores de derechos humanos, analistas políticos y sociales o como funcionarios gubernamentales y del sector privado.

A las ambigüedades de la política social de Santos en el tema agrario, a la falta de resultados en la educación y la salud, al discurso mercadotécnico sobre lo social, calculado y vacío, que impide que la negociación de La Habana sea percibida por los colombianos como un nuevo pacto social, se suma la incapacidad del presidente como comunicador para disipar temores frente a los acuerdos en Cuba y para venderles a los colombianos un país posible, pacífico y con justicia social.

PALABRAS CLAVE: Paz, conflicto, La Habana.
Consúltelas en www.unperiodico.unal.edu.co